

Aprendizaje del porvenir.(por Belisario Betancur*)

Número 1 - Junio - Septiembre 2002

Revista Pensar Iberoamérica

Aprendizaje del porvenir.

Belisario Betancur_*

Agua que corriendo vas
Por el campo florido;
Dáme razón de mi ser,
Mira que se me ha perdido.

UNA LAVANDERA DE YARACUY (Venezuela).

En octubre del año 2000 se realizó en Cartagena de Indias el II Encuentro sobre el Patrimonio Folclórico de los Países Andinos (el I Encuentro fue en Coro, Venezuela). En aquel escenario del Caribe el escritor venezolano Antonio López Ortega evocó la copla yaracuyana que pide al agua la razón de mi ser *que se me ha perdido*; es decir, pide la vigencia de la cultura y, en concreto, de la cultura popular, dejada displicentemente de lado por la cultura académica. Algo similar puede señalarse del divorcio que se establece entre la cultura y la política, entre la cultura y la economía, con grave detrimento del tejido social. De esa absurda antinomia se habla en el presente escrito.

I.- El juez y la cicuta.

Toda convocación hecha por la política, es de una u otra manera una evocación de Aristóteles. La estructura de su pensamiento expuesta en *Politeia*, ha sido comparada con una pirámide invertida cuya base está representada por el modelo político; su cuerpo por el modelo antropológico y enseguida por el modelo ético. Entendía el filósofo que la política es la ciencia que se ocupa de los seres humanos en la vida de la *polis*, con leyes o sin leyes, en libertad o en obligación. El ser humano es, antes que nada, un animal político, *el zoon politikon* cuyo destino es vivir con otros; asociarse; en suma, estar, en comunidad, compartiendo no la soledad sino *la otredad*, según diría muchos siglos después el español Xavier Zubiri. Sería conraindicado pensar en un ser humano a quien rodean todos los atributos imaginables pero vive aislado, un Robinson Crusoe. Sería extraño, dice concretamente, que un ser en disfrute de todos los bienes del mundo esté en soledad: el ser humano está invocado a vivir en sociedad y su naturaleza es vivir con otros. Cuatro conclusiones derivan de tal principio el propio Aristóteles en los ocho libros de la *Metafísica* y en *La Politeia*, a saber:

- La felicidad de la polis como totalidad, está estrechamente ligada a la plenitud de la individualidad. Y al contrario, la *polis feliz* es aquella en la cual los ciudadanos que la forman, están en plenitud.
- Es forzoso educar en la *politeia* dentro de la *polis*, en la cual viven en los ciudadanos conforme a las leyes y en libertad, precisamente porque vivir conforme a la ley no es esclavitud sino libertad. La cual debe ser democrática, puesto que los ciudadanos por naturaleza ansían ser libres; pero puede también la *polis* ser oligárquica, si los ciudadanos viven encadenados a las carencias por culpa de quienes disfrutaban de lo superfluo.
- La educación democrática debe formar a los seres humanos para gobernar y para ser gobernados, para mandar y para obedecer.
- Si los seres humanos han decidido vivir en la *polis* bajo los principios de libertad, igualdad y fraternidad que reivindicarían los revolucionarios franceses de 1789, es natural que deban rechazar cualquier clase de despotismo y en todo caso acatar el sistema de leyes que se hayan dado en la *polis*. Por lo cual, el propio Sócrates se suicidó tomando la cicuta y no quiso aceptar la fuga que le proponían sus discípulos, porque un juez nombrado legalmente era el que había dictado la sentencia.

Se entiende así por qué expresé al principio que toda convocación de la política es una evocación del Aristóteles de la *Metafísica* y de la *Politeia*.

II.-La pirámide.

Y se ve con claridad, también, que la cultura de Occidente y, en concreto, la de Europa, nació en Grecia. Puesto que griego es el origen de vocablos como *ética*, *política*, *democracia*, *lógica*, *análisis*, *dialéctica*, *síntesis*.

Todo tuvo su origen en los presocráticos, de los cuales, por boca de Platón, con quien compartió veinte años de su vida, aprendió filosofía el joven Aristóteles que llegó a Atenas de solo diez y siete años procedente de la pequeña ciudad jonia de Estagira (de donde *el estagirita*, como se le llama). Siendo el ser humano naturalmente conformado, es preciso poner atención especial en su naturaleza, en su felicidad, que es su fin primordial dentro de la *polis*, en la cual se realiza a través de la familia, de la aldea y de la comunidad más amplia.

Por consiguiente, según el ejercicio ético dentro de la pirámide, es decir de la *politeia* o la política, los seres humanos deben estar inmersos en aquella ética lustral, puesto que la *noética* negaría su posibilidad de vivir en la casa de la sociabilidad.

III.- La Agenda.

Es oportuno ahora reflexionar sobre otros pormenores de este viaje al corazón de la política, de la economía y de la cultura, su acompañante necesario.

Empecemos por definir que la política es el oficio de dirigir los pueblos a través del tiempo en busca de la felicidad, diría Maurice Duverger. ¿Qué son los partidos políticos? Conjunto de gentes -los simpatizantes y los activistas-, que siguen un repertorio de ideas, para capturar el gobierno y ponerlo al servicio de la comunidad.

Frente a la pregunta y la respuesta existen dos recursos didácticos: uno consiste en pedirle al lector que imagine un escenario para ubicar en él protagonistas y situaciones, como en los antiguos autos sacramentales; el otro es el de la agenda, más cercano a quienes hayan vivido entre libros, haciéndole a la historia el misterio de escribirla.

Quien tiene una agenda se remite al *agere* o voluntad de hacer algo, a la determinación de ir hacia adelante, de cumplir un compromiso, de hacer para transformar, de tomar al habitante y convertirlo en ciudadano. Recordemos el pensamiento de Octavio Paz cuando en 1994 decía de su país: *Emerge, todavía entre brumas, un México desconocido: un México de ciudadanos*. Generalizando esta premonición, en *nuestra América* y a se escucha el llegar de los ciudadanos a la historia.

Tal es el contenido de esa Agenda que se constituye en una utopía posible.

IV.-El Código Ético.

¿Qué se necesita para alcanzar esa utopía? Para que nazca *el ciudadano* es prerequisite la existencia de la democracia y ello sólo es posible cuando aparecen la ética y los valores que la ponen en acción. El Club de Roma, en un denso estudio de Yehezkel Dror, profesor de las Universidades de Harvard y de Jerusalén, afronta el problema de los vicios y de las virtudes en la democracia y propone un código ético para políticos, como prerequisite para dar curso pleno a su participación en una democracia de valores, que se realiza en el espacio público y en el tejido social. En esos lugares se produce el encuentro entre políticos y ciudadanos: y con el segundo, en los movimientos sociales y las asociaciones voluntarias que tienen como norte la ética.

En este caso se trata de la reiteración de que, según Aristóteles, si el fin último pertenece a la ética, se debe dar siempre el paso previo a la ponderación de los bienes para alcanzar el fin. Por ejemplo, trae el Padre Utz en su *"Ética Económica"* la definición de que la *economía de mercado* en la medida en que esté en relación con la política económica, no se debe separar de la ética. En tal sentido hay una ética del consumo y una ética de la demanda, cuyos protagonistas son los individuos, las personas, los ciudadanos.

Porque es obvia la existencia de individuos: con ellos nos relacionamos; los vemos nacer, crecer, trabajar, ir al cinematógrafo, amar y padecer, tomar parte en las diversiones; unas veces asienten, otras disienten; y en el transcurso de sus vidas, forjan ilusiones que les sirven de viático hasta el final de su camino, cuando otra fecha -semejante a la primera- cierre sus días, "los días que, uno tras otro, son la vida". Esta es la rutina vital, común, legítima en sí misma, monótona o veloz pero siempre apasionante, a la vez, fatiga y júbilo.

Pero sabemos que hay otra forma de existencia que puede definirse como *estar presente a la manera de un ciudadano*. Ello significa tener la capacidad de *estar en* y de comprometerse con el cambio del mundo, cada quien con el estilo y el diapason que le dicten su sensibilidad, su percepción, su sitio en la sociedad. La filiación del ciudadano en tanto que tal, es su compromiso. Esta afirmación permite llegar a una orilla definida que nos ubica como actores y no como huéspedes simples de la sociedad: el ciudadano crea, innova, inventa, tiene iniciativa, se atreve, deja huella, abre caminos y los señala, controvierde y es controveitado pero se transmuta así en elemento activo; comienza a ser pequeño dios que continúa la transformación del mundo, dejado a medio hacer para que lo concluya con sus propias potencialidades, para que lo corrija, para que lo mejore, para que lo prolongue a su servicio, para que junte las aguas o las separe.

V.- Transmutar en la ética.

El mundo que emerge requiere que la democratización tenga origen en la educación y en la ética; que ésta supere la formalidad y la temporalidad, porque quien aspira debe estar en capacidad de interpretar la diversidad de sus opciones y de sus potencialidades. No hay tiempo extra de educación puesto que ella se identifica con la vida; nada hay más peligroso que alguien que piensa que ya se ha realizado, porque ese tal se dogmatiza en forma que disminuye su capacidad de ascenso o extravía la meta. La educación marca las instancias para vivir y convivir: si se compromete la totalidad de la vida, los valores tendrán capacidad para redefinirse a cada instante, superando el verse vacíos de contenido y alcanzando la plenitud.

En este momento debemos reflexionar sobre la necesidad de educar para la política y para la ética; educar para participar en los certámenes electorales y para hacerlo con pulcritud; educar para dirigir, porque se haya hecho de la ética política un asunto primordial de la vida.

Es explicable pero peligroso que en la oleada de pragmatismo que ha invadido la vida social -de *vulgarización* sería mejor decir, para no hablar de una nueva invasión de los bárbaros que reclaman e imponen el derecho a ser bárbaros-, también la política se vuelva pragmática y mecánica, en donde son las estadísticas y las encuestas las que importan, no las ideas. De antes los líderes se caracterizaban por trazar caminos a las sociedades, por alzar la antorcha en medio de las tinieblas, por ser mentores y guías de sus pueblos. Es más: el verdadero líder se imponía incluso sobre los extravíos de sus gentes y aún contra ellos, como Moisés, en el desierto, prototipo de líder visionario. En la política contemporánea primero se hacen encuestas para saber qué piensa la opinión; y luego, con base en los resultados del sondeo, se formulan las propuestas. No forman opinión, siguen la opinión formada por autores anónimos: un chisme de coctel, el comentario de un periodista. Uno se pregunta cuál hubiera sido el destino de la humanidad si Churchill hubiese dependido de una figura estilizada o de la calidad de su corbata, factores que hoy frecuentemente son determinantes en la decisión de los electores. Sumergida en la noética, la política se transmuta entonces en oportunidad efímera de enriquecimiento rápido, tan rápido como la fugacidad de las inversiones, de acuerdo con la metodología de aquella cultura de la corrupción.

VI.- Política y Cultura.

Es necio discutir el papel que la cultura, ha tenido en la historia de la humanidad. Como atrás vimos, Grecia y su pléyade de intelectuales, edificaron, con la argamasa de la inteligencia, los cimientos de la cultura occidental, con tal solidez que dos mil quinientos años no los han podido destruir. Atenas y Roma fueron para la filosofía y el derecho, las más elevadas expresiones salidas de la mente humana; después llegó el Renacimiento, explosión colectiva de inteligencia sin parangón en la historia; más tarde, sin el aporte de los enciclopedistas franceses la revolución francesa y la democracia moderna no hubieran sido posibles. En fin, podrían multiplicarse los ejemplos de cómo la intelectualidad, el pensamiento y la cultura han precedido, unas veces, y culminado en otras oportunidades, la labor de políticos y guerreros. Por tanto, es necesario tomar a la experiencia vital y creadora de la cultura, como dice el venezolano Mariano Picón Salas; quien agregaba que *mientras los grandes estados tienden a petrificarse en su inmensidad y autosuficiencia, los países pequeños conservan un mayor dinamismo y aún llegan a ser los protagonistas de lo más afirmativo de la aventura humana; sienten la vida como aguda antítesis; salen como los griegos por las rutas del mar, en busca del espíritu ecuménico. En Grecia no fue una supuesta originalidad la determinante en su cultura, sino más bien la ciencia de la heterogeneidad y su inteligente asimilación; el hombre griego no se ensimismó en la naturaleza sino que se guió por la intuición de las cosas. Grecia fue el triunfo de la individualidad y de la conciencia libre. Pues la cultura es siempre apertura a lo antagónico.*

Importa mucho, por tanto, que quienes tienen a su cargo el gobierno de la sociedad o aspiran a tenerlo, escuchen la voz de los pensadores, la voz de la honestidad del saber desinteresado. Las academias e instituciones son los laboratorios limpios en donde se cultiva la inteligencia aséptica del futuro. E importa, en fin, que de vez en cuando el político haga un alto en su jornada, acuda con humildad y sin soberbia a las academias y escuche lo que predicán las voces de la inteligencia. Porque es el poder de los principios y no el pragmatismo de los intereses coyunturales, la fuerza capaz de dar el contenido espiritual que el ser humano necesita para evitar que termine destruyéndose con ese hermoso confin que le legaron sus mayores y que se ha demostrado incapaz de manejar: la cultura. La cual no es solo sabiduría sino comportamiento para saber existir, para entender el mundo, para comprender al otro, para tenerlo como interlocutor y como protagonista, para relacionar y relacionarse. Y la llave es la cultura cuyo legado supranacional, escribía don Andrés Bello, afirma la necesaria concordia humana sobre las querellas de los pueblos, de las razas, del poderío político.

VII.- Fondear en la eternidad.

Tal es aquella utopía renacentista que hacía soñar al filósofo con una isla de gobierno puro y feliz.

En las cartas medievales de marear abundan las islas fantásticas como Itaca, menos fabulosas que la Atlántida que sedujera la fantasía de los griegos desde Platón. Los científicos decimonónicos probaron con deleite e impiedad que esas islas eran, al igual que dragones y animales fantásticos, ardid cartográfico para llenar una parcela oscura y prohibida del *mare tenebrorum*. No había intención dolosa en aquellos cartógrafos; ni sus mapas fueron mezcla caprichosa de conocimientos empíricos e imaginación alocada: ellos no hicieron más que recoger con honradez minuciosa, las leyendas de la marinería, que adobaban de secreto, whisky y aventura las cartas de navegación; y hacían peligroso su mercado en los puertos del mundo. Las apetencias de la cultura y de la riqueza estaban amalgamadas entonces con supercherías; cualquiera circunstancia trivial de la vida cotidiana, fondeaba en la eternidad; y el oro y la plata sonantes, anclaban en alegorías desmesuradas: recuérdese la pasión premonitoria por El Dorado que enareció el aire desde el primer viaje del Gran Almirante de la Mar Océana.

Se habla de una edad en la cual los hallazgos de Colón se correspondían con el universo circular de Copérnico. Los seres del Nuevo Mundo, a los cuales nos negaban el tener alma tanto teólogos como filósofos, incluido Hegel, somos herederos de esa edad: compartimos el legado cultural de la Europa que abrió las fronteras y ensanchaba sus ámbitos, desde el teológico hasta el geográfico, desde la comprensión del firmamento hasta el descubrimiento de tierras nuevas, recogiendo la antigüedad pagana de griegos y romanos. Y erigiendo la arquitectura de los gobiernos en ensoñaciones socráticas de honestidad hasta más allá de la cicuta.

He ahí el poder de la cultura. Citando de nuevo a Picón Salas, recordemos que cada vez que el ser humano sale de su yo y se comunica con los demás por la palabra, la actitud o la obra de arte, está cumpliendo una función política y social. Y, agrega, *aun aquel aparente huir de la circunstancia histórica -de que acusaban los stalinistas- para refugiarse en lo muy aséptico o muy demoníaco mundo del arte, constituye también un pronunciamiento político. Decimos entonces que la sociedad capitalista o industrial de Europa era fea, chabacana y depresiva cuando Ruskin quería salvarla por un regreso al artesanado de la Edad Media; Oscar Wilde vestía pantalones cortos y usaba un girasol en la mano para espantar a los burgueses. Los marxistas estarían autorizados a decir que el poeta Kleist se suicidó no solo por amor o neurosis sino por un descontento en el estado prusiano. Y cuando colocamos una nostálgica edad de oro en el remoto pasado o en el más remoto porvenir, también nos estamos definiendo como conservadores o socialistas utópicos. El conflicto entre la obra de arte autónoma y la comprometida puede derivarse de la oposición entre la veracidad y la falsedad artística. El Derecho y el deber del intelectual es disentir casi como un imperativo categórico kantiano.*

VIII.- Las cartas de marear.

En los comienzos del milenio, de la energía nuclear y de la revolución de las comunicaciones, nuestras actuales cartas de marear ya no son tan limitadas y confusas como aquellas que produjeron tantas vigiliadas a los audaces exploradores. El mapa iberoamericano actual y a no es un palimpsesto dibujado a contraluz de mitos y prejuicios, sino la huella de pueblos moldeados por la cultura, la política y la economía. Y en cuanto la cultura del vecino era para nosotros antaño *terra incognita*, por falta de integración, lo que nos obligaba a llenar nuestros vacíos de conocimiento y de comprensión con islas fantásticas, con los dragones del miedo o de la ofuscación, de la admiración o del desprecio, ahora nos hemos embarcado con reflexión y alegría en los navíos del Mercosur, de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, del G3, del Nafta, del Caricom, de la integración centroamericana, imagen de la integración.

Sabemos que todavía requerimos un curso intensivo de aprendizaje del porvenir con la brújula de la cultura, la economía, la política y la ética; y lo estamos haciendo con el timón del saber, que han asumido los centros de pensamiento tal como lo hicieron Universidades y Academias en la Edad Media y en el Renacimiento. El presidente Mitterrand le pidió al Colegio de Francia que le ayudara a reflexionar sobre una pedagogía ética del futuro, a fin de dotar a los jóvenes franceses de los instrumentos modernos de pensamiento, de expresión y de acción para afrontar con escueta certeza el porvenir, aquel incierto lugar donde pasaremos el resto de nuestra edad. Esa pedagogía la hemos auscultado y aprendido desde la cultura, la economía, la política y la ética, faros del presente y del porvenir.

X.- La voluntad de la nación.

Para terminar quisiera advertir que aunque quizá solo en el curso de un largo itinerario los iberoamericanos completemos los mapas sobre las ensoñaciones de nuestros pueblos, el epicentro hará que la navegación, con sus albitajos de calmas y tempestades, sea menos ardua. Los principios de la navegación obedecen a una experiencia empírica aunque están inmersos en el estuario de la cultura, maestra de los pueblos y los reyes, según escribiera don Andrés Bello. Pero siempre ha sido aliento de la imaginación que germina en el saber desinteresado, el buscar desde allí respuestas a las preguntas de nuestros pueblos. Hace algo más de 20 años cuando Chile estaba en condiciones políticas precarias, varios académicos hicieron un viaje anticipatorio al año 2010, con el objeto de indagar sobre los posibles comportamientos de su país en aquella fecha. Y descubrieron que la modernización de Chile y su inserción en la historia eran *una utopía posible*, que solo necesitaba la voluntad política de la nación entera detrás de ese propósito común.

Sabemos que, como decía Thoreau, el universo es una esfera cuyo centro está en donde haya inteligencia y conocimiento desinteresado. Busquemos y aceptemos, por tanto, las responsabilidades del liderazgo de la cultura, arte de navegación que exige saber leer en el mar y en el firmamento, pero también interpretar la voluntad de la tripulación, la cual representa la razón de ser del saber desinteresado con su proyección en las dueñas de casa, la cultura, la política y la ética. En tiempos de crisis y de dudas es fuerza acogerse a las verdades fundamentales. Sócrates es el paradigma de la honestidad y por eso se sacrificó. Quizá nuestro tiempo esté esperando aquellos sacrificios para avanzar en el milenio.

Belisario Betancur

Ex - Presidente de Colombia. Doctorado en Derecho y Economía en la Universidad Bolivariana de Medellín. Es autor de numerosos estudios sociológicos, económicos, políticos y literarios, y de libros entre los cuales figuran *Colombia Cara a Cara*, *El viajero sobre la tierra*, *En el cruce de todos los caminos*, *El rostro Anhelante*, *A pesar de la pobreza* y *Desde el alma del Abedul*.